



Fundador: F. Granadino.

RECUERDOS

Cuando empiezo á dictar cada uno de estos artículos, casi siempre sucede que he olvidado el punto ó momento histórico (démosle este nombre) en que terminó el artículo anterior.

Y no es extraño que así suceda, porque la memoria de los viejos suele ser débil para las cosas próximas, así como puede ser fiel y exacta para los sucesos lejanos.

Un hombre de ochenta años, pongo por caso, y por caso me pongo, recuerda con claridad perfecta, con viveza de imágenes, con seguridad de contornos, los sucesos de su niñez; en cambio, ó no recuerda, ó recuerda mal, lo que le sucedió la semana anterior ó el mes precedente.

Dijérase que las imágenes de sesenta años antes han quedado en las fotografías de sus celdillas cerebrales grabadas firmemente como en cartulina apergamínada, y allá están y en cada momento pueden consultarse.

En cambio, las placas sensibles del protoplasma cerebral han perdido con los años la fuerza de reproducción, y recogen difícilmente las impresiones: no pueden recordar porque no han podido recoger.

Podría decirse que no es tan grande el trabajo de echar una mirada al último artículo; pero es que aun este trabajo quiero yo evitarme, y además, esto indicaría ciertas pretensiones de orden, y en estos recuerdos, lo encantador y lo atractivo para mí, es el desorden.

Puedo, en cualquier instante, hablar de mis impresiones como jefe de la clase de Latín á los doce años, examinando á los chicos de una quisicosa formidable, que llamábamos copia de verbos; ó puedo hablar en ese mismo instante de mis altas funciones como ministro de Fomento de la Regencia durante los dos años del período revolucionario.

Jefatura por jefatura, la primera era más efectiva, más tranquila, y casi pudiera decir que halagaba más mis instintos vanidosos. El profesor era el regente de aquel pequeño reino; yo era su primer ministro. ¡Ay del chico que se equivocaba en aquella formidable copia de verbos!

Y creo que, sin esfuerzo alguno, he venido á enlazar este artículo con el artículo anterior.

En él quedamos, ahora creo recordarlo, en aquel momento histórico de mi pequeña historia, en que llegué á ser dueño titular de la cartera de Fomento.

Lo primero que hice fué nombrar á Eduardo Saavedra, uno de los hombres más sabios que ha tenido España en el pasado siglo, y uno de los hombres más buenos que ha fabricado la humanidad en sus revueltos senos.

Ya estaba completa la máquina del Ministerio de Fomento: director de Instrucción pública, Manuel Melero; director de Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio, Eduardo Saavedra; ministro del Ramo, mi propia persona, el que seis meses antes era modesto profesor de Cálculo, Mecánica y no sé qué más de la Escuela de Caminos.

Había que trabajar; pero una gran parte de la obra posible en aquellos momentos estaba ya hecha: había bastado convertir en leyes nuestros decretos del período provisional.

Algo se hizo después, y aun yo creo que se hizo bastante; á su tiempo enumeraré algunas de las leyes que llevé al Parlamento.

..

Pero en este período en que vamos á entrar, ó en que van á entrar mis dispersos recuerdos, la política lo dominaba todo, y en la política un problema supremo: la elección de rey.

Ya teníamos Constitución, á la que no me causaré en llamar la Gloriosa del 69; pero era necesario buscar un monarca, y la empresa no era tan sencilla. Los hechos, los conflictos, las luchas, demostraron que no era tan fácil encontrar un rey como parece, y para las huestes revolucionarias resultó inmensamente difícil; y así vivimos casi dos años en perpetua, agitada y peligrosísima *interinidad*.

La interinidad nos mata: ésta era ya frase corriente.

Con la interinidad no hay orden, ni paz, ni hacienda, ni marcha regular y ordenada de las fuerzas del país en su progresivo desarrollo.

Esto se decía á diario: hay que salir de la interinidad; pero una cosa es decir y otra cosa es hacer.

Decía D. Lucio del Valle, un eminente ingeniero, hombre de mucho talento y eminentemente práctico: «Lo que hay que hacer en este mundo es conjugar el verbo *hacer*. Para mí—continuaba diciendo—el que se haga una cosa, aunque sea mal, tiene gran mérito; y si se hace bien, se llega á lo supremo.»

Pues bien; el Gobierno, los hombres políticos y la prensa y las Cámaras, todos querían salir de la inte-